

DOMINGO II DE CUARESMA (CICLO A)

Jesús toma a Pedro, Santiago y Juan, los mismos que luego veremos en Getsemaní, y los lleva al monte. El monte es el lugar de la revelación de Dios, donde Dios se comunica, se da a conocer, donde Dios se hace cercano. Los lleva allí para que adquieran una mirada diferente, la mirada que tiene Dios sobre las cosas, sobre la historia, sobre los acontecimientos, sobre las personas.

Moisés y Elías son dos personajes que, a su vez, habían subido al monte, habían vivido una intimidad con Dios. Moisés representa la Ley que confluye en Cristo donde será cumplida; Elías, la profecía que Cristo consumará en la historia.

Transfiguración según el significado etimológico estricto, significa ver más allá de las formas, además de la figura, ir más allá, una mirada que penetra, que ve a través. La cultura ha reducido el significado a un cambio de forma exterior, pero es mucho más que esto.

Con su transfiguración, Cristo quiere decir a los apóstoles, que, cuando asistan a su Pasión, miren más allá precisamente cuando vean su carne martirizada, afligida, abandonada, burlada. Que vean justo allí que él hace esto por amor al Padre, que detrás está el rostro del Padre. Que aunque parezca que está fracasando, vean que lo que realmente está pasando es que está triunfando, que se está entregando, que el amor es más fuerte que el odio, que el perdón de Dios es más fuerte que la ofensa y que el pecado.

Cada uno de nosotros sabe muy bien dónde están en su interior las cosas opacas, dónde está mi pecado que me hace ciego, egoísta, soberbio, sensual. Dónde está la pasión que me quiere crucificar.

Hoy la fiesta de la transfiguración en el camino cuaresmal nos ayuda precisamente a ver más allá de las apariencias. Que por la misericordia de Dios, cuando las circunstancias nos parecen sucias de polvo, de heridas, de sangre, de sufrimiento, se vislumbra una luz que no viene de este mundo, sino que es don de Dios, y que me da la verdadera esperanza.

Por eso la Santa Misa es para nosotros tan importante. En el pan vemos que lo que realmente hay es su cuerpo entregado por nosotros. En el vino, la sangre derramada por los hombres para el perdón de los pecados. Por eso la Santa Misa nos hace ver la realidad que los ojos humanos no saben ver. En la Santa Misa ejercitamos la fe, confesando a Jesús verdaderamente presente; ejercitamos la esperanza, porque nos damos cuenta de que está físicamente con nosotros como prometió; y ejercitamos la caridad, porque, al comulgarle, nos alimenta porque nos comunica la divina fuerza de su mismo amor.

Que María Santísima y San José nos sigan acompañando durante la cuaresma.